

Palabras del escritor Juan Álvarez

El inexistente credo tallerístico de Isaías

A propósito de generaciones, de espacios que dan forma a comunidades, hay un libro ejemplar en este sentido, el sentido de las determinaciones, duras o blandas. Ese libro no es cualquier libro, y menos un libro sin relación alguna con el número que hoy nos convoca: el número 30.

El libro fue publicado en 1978, hace 33 años, un número que, bien visto, es igual al 30.

En ese libro, *Manual del distraído*, de Alejandro Rossi (un libro que parece de ensayos, pero es de cuentos; y que parece de cuentos, pero es de ensayos), varios de sus últimos textos operan la recuperación distraída de la figura de un personaje, vaya uno a saber si ficticio o con sustento real, llamado Juan Gorrondona, maestro de un taller de creación literaria.

No recuerdo con precisión cómo es que Rossi se las arregla para hacer aparecer a Gorrondona en esos textos sobre temas diferentes, que son como cinco o seis. Y no lo recuerdo porque, cuando decidí que estas palabras para el maestro Isaías Peña las iba a escribir a partir de Juan Gorrondona (maestro de un taller de creación literaria en el libro emblemático de Alejandro Rossi), decidí también que las iba a escribir sin revisar el libro, únicamente a partir de la nitidez del único sentimiento que me había dejado todo pasaje sobre Juan Gorrondona: a saber, un sentimiento de desprecio.

Me pareció acertado; fíjense: recuperar las razones del afecto y el respeto que siento por

Isaías Peña, a partir del vago recuerdo de las cosas que hacía Juan Gorrondona, cosas que, aunque muchas y vagas, Rossi se las arregla para que acaben convertidas en un único sentimiento: ya lo dije, desprecio.

Básicamente, según recuerdo, lo que Gorrondona hace es imponer con vehemencia un credo tallerístico que se proyectó al tiempo como un credo literario: intelectual heredero de lecturas marxistas mal digeridas, ese credo de Gorrondona va más o menos así, según mi arbitrario recuerdo que reta a cualquiera que le quiera hacer corroboración:

Primero: *despreciar al público lector*: sospechar de él, pordebajarlo de ser posible porque sólo así, sostenía Gorrondona, es posible independizarse de él y escribir sin el afán de conquistarlo, sin el afán de ser meloso con él, sin el afán de las modas que ese público lector tiene la capacidad de imponer.

Segundo: *el autor, en consonancia con el primer precepto, es el elemento esencial*. Y hay que ayudar a encumbrarlo. "Sacarlo del pequeño apartamento maloliente, que olvide los viajes interminables en bus, las amistades inútiles, la melancolía, que use lino irlandés y *cashemir*, que se acostumbre a las casas rodeadas de árboles, a los paisajes célebres, que no le tema a las entrevistas, a los premios o a las mujeres imponentes".

Tercero: *escribir es domar el lenguaje*, hacer reverencia a su majestuosidad y entonces sí montársele encima del pescuezo. Por lo tanto, el libro de cabecera es el diccionario. Hay que

pasar varios años al lado del diccionario. Todos los años posibles.

Cuarto: *la acción humana es una ilusión*. En este orden de ideas, se pregunta Gorrondona, ¿qué importancia tiene saber quién hizo algo? ¿Por qué empeñarse con tanta saña en identificar al sujeto de una acción? La literatura no podía ser la ridícula obligación de precisar quién abrió la puerta, quién tocó el timbre, quién envió la carta, quién estranguló a la gata.

[...].

Los preceptos de Gorrondona, tal y como los recuerdo, siguen, distraídos, saltando de un texto a otro, apareciendo de repente, torturando. Como ya pueden darse cuenta, el desprecio que uno va construyendo en contra de Gorrondona no es cualquier cosa. En esas, puedo asegurarlo, llega el punto en el que Rossi afirma algo que va más o menos así: "Gorrondona nunca tuvo amigos, porque tenía discípulos, alumnos transitorios".

Y eso vine yo a decir acá, señor viceministro y señor rector de por medio. Algo que es simple, y que es más o menos lo siguiente: el hecho de que el maestro Peña tenga amigos, este ejército de gente agradecida del que hago parte, y no discípulos cultivados al modo Gorrondona, es prueba al mismo tiempo de la existencia de otro tipo de credo tallerístico, uno que, precisamente, Isaías Peña nunca ha querido contar, y no ha querido contarlo porque no le interesa que sea el credo de nadie.

Martes 8 de noviembre de 2011. ■

Juan Álvarez, escritor colombiano.
Tomada del archivo fotográfico del Departamento de Comunicación y Publicaciones de la Universidad Central.

